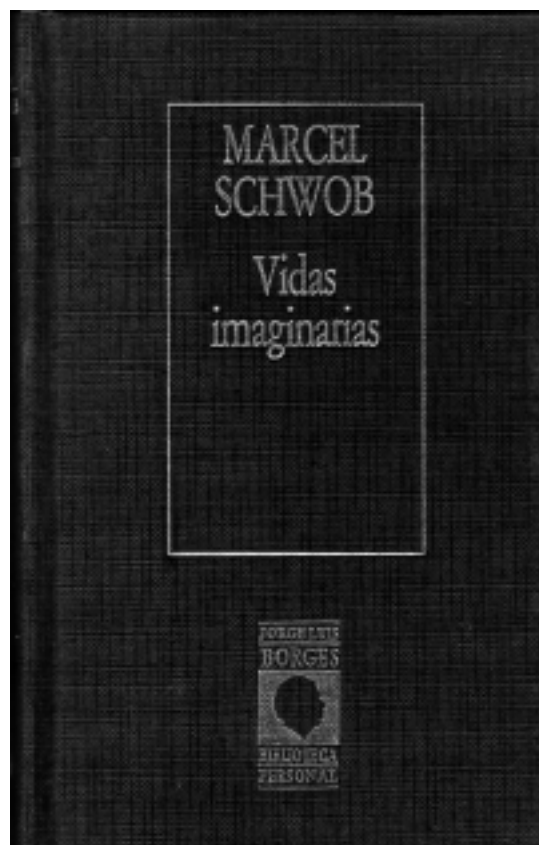




Introducción a los Fundamentos del Diseño

Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo

Diseño de Indumentaria y Textil
Cátedra Macchi



Lecturas 6

Schwob, Marcel. “Katherine la encajera. Muchacha de la vida”. En *Vidas imaginarias*.. Hispamérica, Buenos Aires, 1985.

Curso 2009 - cuatrimestre I

Katherine la Encajera

Muchacha de la vida

Nació hacia mediados del siglo quince, en la calle de la Parcheminerie, cerca de la calle Saint-Jacques, un invierno en que hizo tanto frío que los lobos corrieron por la nieve a través de París. Una anciana, que tenía la nariz roja bajo su caperuza, la recogió y la crió. Y primero jugó bajo los portales con Perrenette, Guillemette, Ysabeau y Jehanneton, quienes vestían pequeñas faldas y empapaban sus manitas enrojecidas en los arroyos para atrapar pedazos de hielo. También miraban a los que trampeaban a los pasantes en el juego de tablas que se llama Saint-Merry. Y desde abajo de los saledizos atisbaban las tripas en sus baldes y las largas salchichas bamboleantes y los grandes ganchos de hierro en los que los carniceros cuelgan los cuartos de res. Por Saint Benoit le Bétourné, donde están las escribanías, oían rechinar las plumas y soplaban las velas en las narices de los clérigos, al anochecer, por los tragaluces de las boticas. En el Petit-Pont se burlaban de las vendedoras de arenques y escapaban rápidamente hacia la plaza Maubert, a esconderse en los recovecos de la calle de las Trois-Portes; después, sentadas en los bordes de la fuente, parloteaban hasta que caía la bruma de la noche.

Así pasó la primera juventud de Katherine, an-

tes de que la anciana le enseñase a sentarse frente a un pequeño cojín de encaje y a entrecruzar pacientemente los hilos de todas las bobinas. Más tarde se dedicó a su oficio, así como Jehanneton se hizo sombrerera, Perrenette lavandera e Ysabeau guanterera y Guillemette, la más feliz, salchichera, con su pequeño rostro carmesí que relucía como si hubiese sido frotado con sangre de cerdo fresca. Aquellos que habían jugado al Saint-Merry ya encaban otras empresas; algunos estudiaban en la montaña Sainte-Geneviève, otros barajaban narjes en el Trou-Perrette, otros entrechocaban jarros de vino de Aunis en la Pomme de Pin y otros reñían en la taberna de la Grosse Margot; y al llegar el mediodía se los veía en la entrada de la taberna, en la calle *aux Fèves*, y al llegar la medianoche salían por la puerta de la calle *aux Juifs*. Pero Katherine entrelazaba los hilos de su encaje y las noches de verano tomaba el sereno en el banco de la iglesia, donde estaba permitido reír y charlar.

Katherine llevaba una camiseta de tela cruda y una sobreveste de color verde; la trastornaban los adornos y a nada odiaba tanto como al rodete que distingue a las muchachas que no son de noble linaje. Le gustaban también las monedas de plata, los «blancos» y sobre todo los escudos de oro. Fue esto lo que la hizo juntarse con Casin Cholet, sargento de vara del Châtelet; al amparo de su oficio, no era poco el dinero que éste ganaba. A menudo ella cenó en su compañía en la hostería de la Mule, en frente de la iglesia de los Mathurins; y después

de cenar, Casin Cholet iba a cazar gallinas del otro lado de los fosos de París. Las traía bajo su gran tabardo y las vendía muy bien a la Machecroue, viuda de Arnoul, hermosa vendedora de aves de la puerta del Petit-Châtelet.

Y pronto Katherine dejó su oficio de encajera; la anciana de la nariz roja ya se pudría en el osario de los Innocents. Casin Cholet encontró para su amiga una piecita baja cerca de Les Trois Pucelles y allí iba a verla al caer la tarde. No le prohibía que se mostrara en la ventana con los ojos ennegrecidos con carboncillo y las mejillas untadas con albayalde; y todos los jarros, tazas y platos con frutas en los cuales Katherine da de beber y comer a todos aquellos que pagan bien, fueron robados en la Chaire, o en Les Cygnes o en el hotel del Plat d'Etain. Casin Cholet desapareció un día en que había empuñado el vestido y el cintillo de Katherine en Les Trois Lavandières. Sus amigos dijeron a la encajera que había sido azotado, amarrado a la culata de una carreta y echado de París, por orden del preboste, por la puerta Baudoyer. No lo volvió a ver nunca. Y sola, ya sin ánimos para ganar dinero, se hizo muchacha de la vida y vivió en todas partes.

Primero esperó en las puertas de las hosterías y los que la conocían la llevaban detrás de los muros, al pie del Châtelet, o contra el colegio de Narre; después, cuando hizo demasiado frío, una vieja complaciente la hizo entrar en una casa de baños, cuya patrona le dio abrigo. Allí vivió en

una pieza de piedra alfombrada con juncos verdes. Se le dejó su nombre de Katherine la Encajera, aunque ya no hiciese más encaje. A veces la dejaban ir a pasearse por las calles, con la condición de que volviese a la hora en que la gente acostumbraba ir a los baños. Y Katherine deambulaba por delante de las tiendas de la guantera y la sombrerera y muchas veces se quedó mucho tiempo enviando el rostro rubicundo de la salchichera, que reía entre sus carnes de cerdo. Después volvía a los baños donde, al llegar el crepúsculo, la patrona encendía candelas que ardían rojas y que se derretían pesadamente detrás de los vidrios negros.

Por fin Katherine se cansó de vivir encerrada en una pieza cuadrada y se fue por los caminos. Y desde entonces no fue más parisiense ni encajera; y sí como una de aquellas que merodean por los alrededores de las ciudades de Francia, sentadas en las piedras de los cementerios, para dar placer a los que pasan. Esas muchachas no tienen otro nombre que aquel que conviene a su rostro, y Katherine tuvo el nombre de Hocico. Iba por los prados, y a la noche, acechaba a orillas de los caminos, y se veía su mohín blanco entre las moreras de los setos. Hocico aprendió a aguantar el terror nocturno en medio de los muertos, cuando sus pies tiritaban al rozar las tumbas. No más monedas de plata, no más «blancos», no más escudos de oro; vivía pobremente de pan y de queso y de su escudilla de agua. Tuvo amigos desdichados que le susurraban de

lejos: «¡Hocico, Hocico!»; y ella los amó. Su más grande tristeza era oír las campanas de las iglesias y de las capillas; entonces Hocico se acordaba de las noches de junio, cuando se había sentado, con sobreveste verde, en los bancos de los soportales santos. Era en los tiempos en que envidiaba los atavíos de las señoritas; ahora ya no le quedaba rodete ni caperuza. Con la cabeza descubierta, esparaba su pan, apoyada en una losa áspera. Y añoraba las velas rojas de los baños sumida en la noche del cementerio, y los juncos verdes de la pieza cuadrada metida en el limo espeso en el cual se hundían sus pies.

Una noche, un rufián que se las daba de hombre de guerra cortó la garganta de Hocico para robarle el cinturón. Pero no encontró en él ninguna bolsa.